

habilidad narrativa de Olga Guirao en la exploración de las conciencias brilla y reluce, mereciendo la atenta lectura del que busque no tanto la novedad de la anécdota, sino una tensión dramática decantada en un lenguaje cautivante por su elegancia y sencillez, capaz de evocar significaciones hondamente humanas y despertar experiencias de exploración del subconsciente para que cada uno se entienda mejor a sí mismo.

Università di Padova

EMILIETTA PANIZZA

Antonio Muñoz Molina. *Plenilunio*. Madrid, Alfaguara, 1997, 485 pp.

Desde que, en 1986, Antonio Muñoz Molina (Úbeda, Jaén, 1956) publicará *Beatus Ille*, su capacidad fabuladora y la facilidad que mostraba para captar la complejidad del mundo real le granjearon una cordial acogida, tanto por parte de la crítica como de los lectores, cuya atención fue aumentando con la aparición de sus otras novelas. *Un invierno en Lisboa* (1987) y *El jinete polaco* (Premio Planeta 1991) así como *Beltenebros* (1989), llevada al cine, se consideraron como un valor en alza entre los escritores de su generación.

Su última novela, *Plenilunio*, es, también, una obra llena de matices, que trata de ahondar en la complejidad de los procesos de estructuración interna de los seres humanos. Su protagonista es un inspector de policía que llega a una ciudad procedente del País Vasco, y cuyo primer caso es la investigación del asesinato de Fátima, una niña que apareció muerta y torturada en un parque. La búsqueda del asesino comienza como un proceso de toma de contacto con el entorno emprendido por el inspector, que trata de rastrear la maldad en las miradas de los posibles sospechosos, de buscar, más allá de la apariencia, las trazas de la crueldad y del deseo de aniquilar.

El continuo deambular del personaje por la ciudad en busca de indicios es un itinerario de conocimientos y reconocimientos, que pone en marcha un proceso interior que lo llevará a mirar de otra manera su vida. La ciudad (en la que el lector avisado reconoce a Mágina, el microcosmos narrativo que Muñoz Molina ha creado como metonimia simbólica) resulta ser el lugar donde el inspector pasó sus primeros años, interno en un colegio de religiosos y separado de sus padres en los duros años de la posguerra. Y de ese pasado surgen personajes como el viejo Padre Orduña, que despierta en el protagonista antiguas y secretas culpabilidades, al recordarle una juventud no siempre ajustada a las normas éticas en las que fuera educado. Pero Mágina es, a la vez, la posibilidad de un futuro diferente: Susana Grey, la maestra de Fátima, entra en la vida del inspector como una propuesta de cambio. Sin embargo, el hallazgo de una segunda niña en el mismo lugar acelera la búsqueda, y da a la narración una intensidad nueva con la introducción de nuevos elementos.

Porque, paralelamente a la tarea de desvelamiento de la policía, aparece, agazapada en la oscuridad, la personalidad del asesino, un hombre joven, cuya vida se revela como una sucesión de carencias, y cuya rabia provoca la maldad y el deseo de hacer daño.

Pasado y presente se funden, para el inspector de policía y para el asesino, en una experiencia de ruptura o de huida hacia adelante que condiciona la vida de la ciudad. Esa experiencia colectiva de miedo, rabia y violencia es la que sirve al autor para acercarse a la complejidad de las relaciones humanas que amalgama en su universo narrativo. En *Mágina* viven, tratan de vivir, gentes que expresan la visión política, social e ideológica del autor.

Y es, precisamente, en ese aspecto de la novela donde se encuentra lo que podría llamarse un exceso de historia, por la acumulación de personajes que resultan estereotipados sólo por causa de su inserción funcional en la trama. Sucede así con el Padre Orduña, el marido de Susana o la mujer del inspector, o con personajes oscuros, como la madre de Fátima (tan interesada en los estudios de su hija para que fuera «más que ella»), que podrían ser núcleos de otra narración.

No obstante, ese mismo exceso de información confiere a la novela una fuerza y un ritmo narrativo que convierten a la ciudad en un espacio real, creíble, donde las cosas suceden con el dinamismo de lo espontáneo. Pero es sólo una espontaneidad aparente, controlada por un discurso muy medido que estructura la narración en un juego de contrarios, entre la rabia asesina y deseo de justicia, entre la infelicidad radical y la búsqueda de plenitud. La enunciación en estilo indirecto libre se desliza por el complicado interior de los dos personajes antagónicos, cuyo encuentro supondrá, como final de una lucha, el problemático equilibrio social de la justicia restablecida.

Hay, finalmente, también en esta novela, otro elemento de la trama que Muñoz Molina utiliza de manera recurrente, y es la emergencia, en un punto dado de la narración, de un episodio oscuro, a veces casi olvidado, de la vida del protagonista, y cuya aparición condiciona el curso de la acción narrativa. Sucede así, por ejemplo, en *Beatus ille* o en *Beltenebros*. En *Plenilunio*, ese episodio procede del anterior destino del inspector en el País Vasco, y aparece en forma de un asesino de ETA que lo espía de parte de la organización para atentar contra él. El terrorista, también una mirada indagatoria, materializa la imposibilidad de borrar el pasado, y funciona, en este caso, como detonante del final de la novela.

La clarividencia alcanzada por el inspector en la secuencia que cierra la historia resume, en ese aspecto, la carga metafórica de ésta. El plenilunio, la iluminación lunar plena en medio de la oscuridad, es, para el personaje, comprensión de su propia situación personal y, a la vez, descubrimiento definitivo del perfil del asesino, para quien, al contrario, la luna llena supone la destrucción y la muerte. En el centro de la no-

che, el plenilunio aporta una luz extraña, cambiante pero clarificadora, que no asegura el futuro, pero ilumina y ayuda a comprender el presente.

Rica, compleja y plena de significado, *Plenilunio* es una novela que corrobora el espléndido momento de Antonio Muñoz Molina.

Madrid

MARÍA JOSÉ NAVARRO

Soledad Puértolas. *Una vida inesperada*. Barcelona, Anagrama, 1997, 318 pp.

«Más de una vez he dejado a la mitad, y hasta en sus primeras páginas un libro de estos [«seleccionados»], porque no soy una de esas personas que tienen que acabar todo lo que empiezan, y me produce una gran liberación dejar de repente algo que no me gusta nada» (*Una vida inesperada*, 205)

If, like Soledad Puértolas's nameless narrator, I had stopped reading *Una vida inesperada* in the early pages because I was not liking it at all, I would have missed what was ultimately a very satisfying, intelligent, and enjoyable novel. Fortunately I *am* one of those people who have to finish what they start, and I had promised to write this review.

Slogging through the first fifty pages in which the narrator tells of her early idolatry of Olga, a popular older girl in her elementary school who befriended the shy, sickly younger narrator and later permitted her to sit in on the most fashionable tertulia at the University, I thought, «Josús, two hundred and sixty-eight pages of whining to go! We were all shy, unloved, and unsexy back in school. Get over it!» As someone who was a dead ringer for Dawn Wiener in my callow youth (though not as popular or well-dressed) I had little sympathy. By page one hundred, after hearing of the narrator's disastrous first marriage, disappointing affairs with two of Olga's lovers, and fragmented, unhappy cohabitation with a man who loved her but committed the crime of agreeing to support her and her child by another man while she stayed home and kept house, I thought I had heard this story too many times before in North American feminist fiction of the seventies and was bored spitless at tales of «how men ruined my life». Get over it, I thought again. But halfway through the book, when a sinecure as director of a library falls in the narrator's lap, and she discovers the joys of swimming at lunchtime every day, there was something suddenly compelling in her repeated insistences that these two pillars were «resolving» her life, keeping her from falling into an abyss of depressed hypochondria. I began to re-evaluate the pages already read, turning back to read a passage here and there. Puértolas certainly sketches deft portraits of student activists and intellectuals through the tertulias scenes at the cafe «Somos». Many writ-